HENRY HOWARD

CONDE DE SURREY

1516-1547

DESCRIPCIÓN DE LA PRIMAVERA,

CUANDO TODO SE RENUEVA, SALVO EL ENAMORADO

Dulce tiempo, que trae el capullo y las flores,
dio a valles y colinas su verde vestidura.
Con renovadas plumas, el ruiseñor gorjea;
ya le contó su historia la tórtola al amado.
Ha llegado el estío, pues no hay tallo sin brotes.
Su vieja testa el ciervo sobre la cerca asoma
y dejó en los helechos el gamo su pelaje.
Con sus nuevas escamas los peces se deslizan;
abandona su piel entera la culebra;
rauda, la golondrina persigue a las menudas
moscas y, atareada, mezcla mieles la abeja;
desfalleció el invierno, que dañaba a las flores.

Así veo, entre tantas cosas amables, cómo
decae toda cuita, pero brotan mis penas.

EDMUND SPENSER

1552-1599

LA GACELA AMANSADA

Tal como el cazador, tras cansada carrera,
viendo ya que el venado se le escapa,
siéntase a reposar en un lugar umbrío,
con perros jadeantes, que quedaron sin presa:
tras largo perseguir con vano empeño,
cuando, con gran fatiga, ya renuncié a la caza,
la gacela gentil volvió al mismo sendero
para apagar su sed, muy cerca, en el arroyo.
Y, mirándome allí con ojos más tranquilos,
no buscaba la huida, y se quedó, sin miedo,
hasta que fui a apresarla, a medias temblorosa,
y de grado dejó que la atara muy firme.
Singular parecía ver presa tan salvaje
dulcemente ganada, engañada a sabiendas.

CANCIÓN

EN HONOR DE ELISA, REINA DE LOS PASTORES

Vedla sentada sobre el verde césped
(¡oh, qué visión tan linda!),
vestida de escarlata, como reina doncella,
y de blancos armiños:
diadema carmesí ciñe su frente, orlada
de damascenas rosas y narcisos;
con hojas de laurel entrelazadas

y con las verdes prímulas
se embellece la dulce violeta.

Decidme: ¿visteis parecido rostro
de ángel, y como Febo en hermosura?
Su celeste donaire, su gracia de princesa,
¿quién los compararía?
La rosa colorada y la de nieve
pintaron de alborozo sus mejillas.
Mirada tan modesta
y tan augusto porte,
¿dónde los hallaríais?

A Calíope veo, presurosa,
ir al lugar donde mi diosa brilla;
y, tras ella, a las Musas compañeras
trayendo sus violines.
¿No son ramas de lauro lo que llevan
para tu mano, Elisa?
Tan dulcemente juegan
y cantan, de camino,
que da gloria el oírlas.

¡Con qué donaire adaptan las tres Gracias
su paso al instrumento!
Hábiles bailan, dulcemente entonan
sus cánticos alegres.
¿No requiere otra Gracia la danza, si es cumplida?
Que el lugar a mi dama se le ofrezca.
Será ella la Gracia
que la cifra complete
y reine con las otras en el Cielo.

Traed la pajarilla rosa y púrpura,
traednos girasoles;
claveles de un color o jaspeados
traigan los amorosos;
esparcid por el suelo los narcisos,

botones de oro, prímulas y amables azucenas;
el pensamiento lindo,
campánulas del muro
corran parejas con la flor del iris.

Levántate ya, Elisa,
vestida con reales indumentos,
y vosotras partid, doncellas delicadas,
por los varios senderos.
Acaso a vuestro coro detuve demasiado.
Que Elisa, mi señora, os agradezca el canto,
y si volvéis un día,
cuando coja ciruelas damascenas,
para todas habría.

SIR WALTER RALEIGH

1552-1618

EL ENAMORADO TACITURNO

La pasión se compara con torrentes y arroyos:
murmura el caudal leve, mas los hondos son mudos.
Así, cuando el amor es locuaz, se diría
que el lecho donde brota es escaso en hondura.
Los ricos en palabras, con palabras descubren
que son pobres de aquello que el amor pediría.

SU PEREGRINACIÓN

Dadme mis conchas de sosiego
y mi bordón de fe, como buen caminante;
mi zurrón de alegría, que es manjar inmortal,
mi redoma de gracia;
dadme jubón de gloria, que esperanza brindó,
e iré peregrinando.

Con sólo sangre el cuerpo he de curar
y jamás otro bálsamo me espera,
mientras el alma avanza, peregrino de paz,
hacia el país celeste,
por montes plateados
de las fuentes del néctar.

Allí yo he de besar
el cáliz de la eterna bienandanza,
y perdurablemente beberé
en las colinas donde la dulce leche mana:

si antes mi alma conoció la sed,
ya entonces para siempre ha de apagarse.

LA CONCLUSIÓN

Tal es el Tiempo, que nos toma a préstamo
juventud y alegría y todos nuestros dones,
pero sólo nos paga con la tierra y el polvo.
Él es quien, en la tumba silenciosa y sombría,
cuando ya recorrimos todos nuestros senderos,
de nuestros días va a encerrar la historia;
pero de este sepulcro, de esta tierra y ceniza,
confío en que el Señor ha de alzarme algún día.

SAMUEL DANIEL

1562-1619

BELLEZA, TIEMPO, AMOR

Cuando los hombres vean pasar tu flor, tu gloria,
y tú, con ceño triste, sentada y solitaria,
el último mensaje del espejo recibas
con la entera verdad, diciendo: «Nada queda»,
heridas que me hiciste sentirás renovadas;
si huyó de ti la llama, en mí el ardor perdura:
crecerá en mí la fe cuando tú ya declines.
En mí contemplará el mundo este milagro:
que el fuego puede arder, ya el leño consumido.
Entonces, lo que ha sido mi fe verás, acaso,
y acaso los desdenes de antaño te entristezcan.
Tal vez te dolerá tu burla de mis lágrimas
cuando ponga el invierno nieve en tu pelo obscuro.

MICHAEL DRAYTON

1563-1631

EL ADIÓS

Pues no hay remedio, ven a besarme y aléjate.
¡Ay! Ya cumplí con todo, de mí ya nada esperes;
y una alegría siento, un júbilo del alma,
porque así, llanamente, mi libertad recobro.
Estrecharnos la mano para siempre, los votos
anular, y si un día se cruzan nuestras sendas,
nadie pueda en tu frente descubrir, ni en la mía,
ni una sombra de aquellos primerizos amores.

Mas ahora que Amor da ya el postrer aliento,
cuando, al faltarle el pulso, la Pasión queda muda,
y la Fe se arrodilla junto al fúnebre lecho
y la Inocencia acude a cerrarle los ojos—,
ahora, si quisieras, cuando todos le huyen,
podrías retornarle de la muerte a la vida.

WILLIAM SHAKESPEARE

1564-1616

ENDECHA DE LAS TRES REINAS

¡Quitad de ahí las urnas, los olores!
¡Las nieblas y suspiros ensombrezcan el día!
Más que la muerte es nuestro don aciago:
los ungüentos y bálsamos, las desgarradas quejas,
las sagradas redomas de las lágrimas,
los clamores cruzando el aire enloquecido.
Venid, todas las pompas dolidas y solemnes,
que del Placer, de vivo mirar, sois enemigas:
a nadie convocamos, sino sólo a las cuitas.

(Atribuido también a Fletcher)

EL FÉNIX Y LA TÓRTOLA

Que el pájaro de canto más sonoro,
en árbol solitario de la Arabia,
heraldo triste sea y trompetero
cuyo son obedezcan castas alas.

Pero tú, nuncio de la voz chillona,
feo procurador de los diablos,
augurio de la fiebre que termina,
nunca al cortejo quieras acercarte.

Que no tengan entrada en la asamblea
los pájaros con alas de tirano,

pero el águila sí, reina plumosa.
Sean estas exequias retiradas.

Blanco sobrepelliz ostente el clérigo,
que bien entonará fúnebres cantos;
es el cisne, que muertes adivina:
así el «requiem» será más acabado.

También tú, cuervo de la triple vida,
que a tus negros polluelos engendraste
con hálito que das y que te llevas,
de este duelo serás acompañante.

Y así comienza el himno doloroso:
murieron el amor y la constancia;
de aquí huyeron el fénix y la tórtola,
muy confundidos en la misma llama.

De tal modo se amaron, que una sola
esencia los unía, enamorados;
dos eran, pero nunca divididos:
allí el amor el número anulaba.

Remotos corazones, pero juntos:
se veía distancia, mas no espacio,
entre la tórtola y su rey, y en ellos
era una maravilla inexplicada.

Tanto en ellos amor resplandecía,
que la tórtola el suyo vio brillando
como llama en los ojos de su fénix:
el uno al otro «mío» se llamaron.

Así, la propiedad tal miedo tuvo,
que cada cual su esencia enajenaba;
a un solo ser, que doble nombre ostenta,
ni dos ni uno pueden ya llamarlo.

La razón, en sí misma confundida,
vio una separación que era un juntarse;
no existió para ellos uno y otro;
lo simple se compuso con tal arte,

que ella exclamó: «¡Parece verdadera
pareja esta unidad tan concordante!
Razón tiene el amor, pero ninguna
la razón, si une así lo separado.»

Y entonces entonaba esta elegía
al fénix y a la tórtola, que iguales
luceros son de amor en lo supremo,
para ser coro de su escena trágica.

TRENO

Verdad, rareza, hermosura,
gracia en la simplicidad,
la ceniza aquí clausura.

En la muerte anida el fénix
y el pecho fiel de la tórtola
a la eternidad se entrega.

Posteridad no dejaba,
mas no por dolencia suya,
que es castidad maridada.

No hay verdad, aunque parezca,
ni belleza, aunque se jacte:
ambas sepultó la tierra.

Que este sepulcro frecuenten
los fieles y los hermosos:
por los dos pájaros recen.

CANCIONES DE HADAS

I

Por colinas y valles,
entre arbustos y rojas eglantinas,
sobre parques y setos,
y cruzando las aguas y los fuegos,
voy por doquier, errante,
más rauda que la esfera de la luna:
sirvo a la Reina de las hadas, dando
rocío a sus estrellas, sobre el césped;
manchas verás en sus doradas vestes:
aquéllos son rubíes, favores de las hadas,
y esas pecas encierran sus perfumes;
aquí debo buscar más gotas de rocío
para adornar con perlas la oreja de las prímulas.

II

Serpientes moteadas, que tenéis doble lengua,
espinosos erizos: que ninguno aquí venga;
lagartijas, gusanos: que nadie le haga daño;
nadie se acerque a nuestra linda reina.
Canta tú, Filomela, con tu música,
nuestra canción de cuna, que es tan dulce,
lulí, lulí, nuestra canción de cuna.

Nunca daño o hechizo o sortilegio
a nuestra hermosa dama se le acerquen:
tenga noche feliz y dulce sueño.

Aquí no oséis venir, arañas tejedoras,
arañas de jardín, ¡marchaos, las patilargas!

A menudo las ninfas tocan por él a muerto.
Escucha, que ya oigo,
ding, dong, su clamoreo.

CANCIÓN MATUTINA

¡Oye! ¡Oye! La alondra, en el umbral del cielo,
gorjea, y Febo a despertar empieza:
abrevará sus corceles
en el agua que guardan en su cáliz las flores;
ya comienzan, con guiños, las caléndulas
a abrir sus ojos dorados;
ya, con todo lo lindo,
despierta, dulce dama;
¡despierta ya y levántate!

CANCIÓN DEL BUHONERO

Un linón más blanco que nieve en el viento
o seda más negra que todos los cuervos;
son blandos los guantes como rosas finas;
máscaras enteras o sólo narices;
brazal de abalorios, ámbar de collares;
perfumes que huelan a estancias de dama;
caperuzas de oro, petos que regalan
mis bravos donceles a su enamorada;
agujas y aceros para fruncir telas:
con ello se adornan, de pies a cabeza.
¡Venid y compradlo; venid, mis amigos!
Que no lo reclamen a voces las chicas.

¡TU-UIT, TU-Ú!

Cuando cuelgan carámbanos del muro
y se sopla las uñas Dick, el pastor, y trae
leños Tom a la estancia
y helada está la leche, cuando llega en el cubo,
y la sangre se enfría y el camino está feo:
con ojos muy abiertos, el búho, cada noche
¡tu-uit, tu-ú! nos canta;
es una nota alegre,
y Juana, algo grasienta, la marmita desnata.

Cuando, con fuerte voz, el viento sopla
y entre toses se anegan los sermones del cura
y se posan los pájaros, muy tristes, en la nieve,
y está pelada y roja la nariz de Mariana;
cuando asadas manzanas en el cuenco chirrían,
con ojos muy abiertos, el búho, cada noche
¡tu-uit, tu-ú! nos canta;
es una nota alegre,
y Juana, algo grasienta, la marmita desnata.

CANCIÓN

¿Cómo a tu fiel amor conoceré,
al pasar entre tantos?
Porque adorna una concha su sombrero, y verás
su bordón, sus sandalias.

Mi señora, está muerto; para siempre se fue;
está perdido y muerto:
hay sobre su cabeza verde césped; verás
a sus pies una piedra.

Es blanca su mortaja como nieve del monte
y la adornaron flores de dulzura,
mas iban sin rocío de llanto enamorado
al llegar a su tumba.

A LOS ENAMORADOS LES GUSTA LA PRIMAVERA

Era un enamorado con su moza,
con un jey, con un jo, con un jey noninó,
pasaban sobre el verde de los trigos:
en primavera, el tiempo más lindo de las danzas,
cuando cantan los pájaros con el *din* y el *din din;*
dulces enamorados quieren tiempo de abril.

En los largos bancales del centeno,
con un jey, con un jo, con un jey noninó,
suelen tomar descanso esos lindos labriegos,
en primavera, el tiempo más lindo de las danzas,
cuando cantan los pájaros con el *din* y el *din din;*
dulces enamorados quieren tiempo de abril.

Este cantar entonces empezaron,
con un jey, con un jo, con un jey noninó,
diciendo que no es más que una flor nuestra vida,
en primavera, el tiempo más lindo de las danzas,
cuando cantan los pájaros con el *din* y el *din din;*
dulces enamorados quieren tiempo de abril.

Sea, pues, bienvenido el presente,
con un jey, con un jo, con un jey noninó,
que el amor se corona con su flor primeriza
en primavera, el tiempo más lindo de las danzas,
cuando cantan los pájaros con el *din* y el *din din;*
dulces enamorados quieren tiempo de abril.

NO TEMAS YA

No temas ya los soles ardorosos,
ni el enojo y la furia del invierno;
tu labor acabaste ya en el mundo;
regresaste al hogar, tienes tu paga:
los dorados donceles y las mozas,
los que el hollín quitaron: todos irán al polvo.

No temas ya el enojo de los grandes,
que azotes de tirano no te llegan;
no pienses en manjares ni vestidos;
la caña es para ti lo que es el roble;
cetros, saber, remedios, todo debe
seguirte a ti para trocarse en polvo.

No temas ya la luz de los relámpagos,
ni el rayo, que pavor infunde en todos;
no temas la calumnia ni el duro vituperio;
para ti se acabaron lamentos y alborozos:
galanes juveniles y todo enamorado
han de seguirte a ti para trocarse en polvo.

SONETOS

(18)

¿Podría compararte con un día de estío?
Más suave eres tú, tienes mayor belleza:
el viento rudo agita dulces brotes de mayo
y el ocio del estío apenas dura. A veces
brilla el ojo celeste con ardor excesivo,
a veces caen sombras en su color dorado;
y a menudo en los bellos declina la hermosura,

CHRISTOPHER MARLOWE

1564-1593

EL PASTOR APASIONADO A SU ENAMORADA

Ven a vivir conmigo y sé mi enamorada,
y de todos los goces gustaremos
que nos brindan los valles, los campos y colinas
y los montes fragosos.

Allí nos sentaremos en las peñas:
veremos al pastor que a su ganado nutre,
junto a ríos de escaso caudal; y a sus cascadas
dirán sus madrigales dulces pájaros.

Allí te haré yacijas con las rosas,
mil ramos de fragancia,
una toca de flores y una túnica
bordada con las hojas de los mirtos.

Un vestido te haré de la lana más fina
que a los lindos corderos les quitamos;
zapatos para el frío, con delicado forro,
y de un oro sin mezcla las hebillas.

Te haré un cinto con paja y bayas de las yedras,
con cierres de coral y tachones de ámbar:
y si tales delicias te conmueven,
ven a vivir conmigo y sé mi enamorada.

La comida en bandejas de plata, tan preciosas
como puedan tenerlas los dioses, cada día
servirán en la mesa
de marfil, para ambos.

Bailarán, cantarán los zagalejos,
sólo para tu goce, en mañanas de mayo:
y si tales delicias te conmueven,
ven a vivir conmigo y sé mi enamorada.

BEN JONSON

1573-1637

HIMNO A DIANA

¡Oh reina cazadora, bella y casta!
Puesto que el sol ya duerme,
en tu silla de plata, recostada,
celebra, como siempre, tu audiencia;
tu luz Héspero pide,
diosa en brillo excelente.

Que, con envidia, a interponer su sombra
no se atreva la Tierra.
El orbe esplendoroso de Cintia fue creado
para que, muerto el día, nos alumbrara el cielo;
bendíganos tu vista deseada,
diosa en brillo excelente.

Que tu arco de perla ya repose,
y el carcaj de cristal resplandeciente;
concede al ciervo raudo
un instante de paz, para cobrar aliento:
tú, que la noche tornas claro día,
diosa en brillo excelente.

A CELIA

Brinda por mí tan sólo con tus ojos
y te contestaré con mi mirada;
o, tal vez, en la copa pon un beso
y no verás que en ella busque el vino.

Sed que nace del alma
requiere la bebida de los dioses;
mas si néctar de Júpiter me dieran,
no quisiera cambiarlo por el tuyo.

Te envié, hace poco, rosas enlazadas,
no tanto en pleitesía,
como para brindarles la esperanza
de no ponerse mustias estando allí contigo;
mas tu aliento les diste solamente,
y, luego, ya las rosas devolvías;
y crecen desde entonces y —lo juro—
no huelen de por sí, sino con tu fragancia.

ENDECHA PARA NARCISO

Despacio, fresca fuente, a compás de mis lágrimas;
más despacio; fluid muy leves, dulces aguas;
oíd la grave voz que esta música esconde:
su adiós llora la propia tristeza si ella canta.

Doblaos, hierbas y flores;
como lluvia la pena se derrame;
nuestras bellezas no nos pertenecen;
todavía, ¡ay!, pudiera,
como nieve fundida en un áspero monte,
rezumar gota a gota, pues lo que fue el orgullo
de la Naturaleza, es un lirio marchito.

LAMENTO DE EGLEMUR

¡Por aquí pasó ella, por estas mismas sendas,
donde crecen violetas, claveles, margaritas!

Siguiéndola, hallará la primavera el mundo,
que otra huella no dejan sus pasos, como aire:
ni una brizna de hierba su pisar doblaría,
ni moverá la flor del amargón, plumosa.
Iba rauda cual brisa suave de poniente,
y dondequiera estuvo, más raíces las flores
echaron, en la siembra de su pie perfumado.

JOHN DONNE

1573-1631

LOS BUENOS DÍAS

¿Qué hicimos, a fe mía, hasta el momento
de amarnos? ¿Hasta entonces fuimos niños de pecho?
¿Sorbimos, como infantes, placeres campesinos?
¿Roncamos en la cueva de los Siete Durmientes?
Tal fue; mas fantasías fueron esos deleites;
siempre que descubría una hermosura
y yo la deseaba, ya te veía en sueños.

Y ahora, buenos días a nuestros corazones
despiertos, que no osan contemplarse sin miedo;
pues Amor todo amor en las miradas rige
y en una breve estancia sabe encerrarlo todo.
Que los descubridores visiten mundos nuevos;
que mundos sobre mundos a otros muestre el mapa;
queramos sólo un mundo: lo tenemos, lo somos.

Mi rostro está en tus ojos y en los míos el tuyo,
y fieles corazones en el rostro descansan;
¿cuándo hallaremos dos mejores hemisferios,
sin el Norte glacial ni el decaído ocaso?
Cuanto muere, no estaba mezclado justamente;
si son nuestros amores uno solo, si amamos
sin mengua, no hallaremos ya la muerte.

CANCIÓN

Anda, alcanza una estrella errabunda,
ve, grávida, a coger raíces de mandrágora,
y dime dónde están los años idos

o quién hendió los cascos del diablo;
enséñame a escuchar canciones de sirena
o a evitar que nos hieran las envidias,
y descubre
qué viento
haría prosperar a un corazón honesto.

Si sabes ver las cosas singulares
y alcanzas lo invisible,
cabalga diez mil días con sus noches,
hasta que la vejez dé nieve a tus cabellos.
Al volver, me dirías
todas las maravillas que encontraste;
y jurarasme entonces
que en el mundo no viste
ni una sola mujer que sea fiel y linda.

Si la encontrases, dilo,
que tal peregrinar sería dulce.
Pero no; yo no iría
aunque en casa vecina se ocultase.
Si al pasar tú era fiel y hasta el momento
que la carta escribieras,
entre tanto,
sería
infiel a dos o tres, antes que yo llegase.

LA SALIDA DEL SOL

Atareado Sol, viejo loco y rebelde,
¿por qué de esa manera,
a través de ventanas y cortinas, nos llamas?
¿Estaciones de amor a tu paso han de unirse?
Pedantesco y procaz, sea tu engaño

para escolares tardos y huraños aprendices;
anda, di a los monteros que el Rey saldrá de caza,
y llama a las campestres hormigas a sus mieses;
pero el amor no tiene estaciones ni climas,
horas, días, ni meses, que andrajos son del Tiempo.

¿Tan temidos y fuertes
imaginas tus rayos? Yo podría eclipsarlos
y nublarlos cerrando un momento los ojos;
pero, así, ya estaría demasiado sin verla.
Si ella, con su mirada, tus ojos no ha cegado,
mañana, al declinar la tarde, mira, y dime
si las Indias de minas y de especias
están en su lugar o aquí, conmigo.
Pregunta por los reyes que ayer viste
y te dirán: «Ya todos tienen un mismo lecho.»

Ella es los estados del mundo; yo soy todos
los príncipes, y nada más existe.
Nos imitan los príncipes; si al nuestro se compara,
es falso todo honor y alquimia la riqueza.
También feliz serás tú, Sol, como nosotros,
al reducirse de este modo el mundo.
Tu edad pide reposo; si tu deber consiste
en dar calor al mundo, ya en nosotros lo cumples.
Para nosotros brilla, y estás en todas partes;
este lecho es tu centro, tu esfera son los muros.

LA CANONIZACIÓN

Por Dios, guarda silencio y deja que te quiera,
o increpa ya a mi gota y perlesía, búrlate
de mis cinco cabellos grises y de mi ruina;
tu posición mejora con riquezas, tu mente,
con las artes. Avanza hasta lograr un puesto;

observa a quienes llaman «su honor» o bien «su gracia»;
el acuñado rostro del Rey o el verdadero
contempla; aprueba lo que más te guste,
y dejarás así que yo te quiera.

¡Ay de mí! Por mi amor ¿a quién le llega daño?
¿Qué barcos mercantiles hundieron mis suspiros?
¿Quién dice que mis lágrimas sus tierras inundaron?
¿Cuándo apartó mi frío la pronta primavera?
¿Y cuándo los ardores de mis venas
aumentaron en uno la lista de apestados?
El soldado halla guerras, y encuentra el leguleyo
a hombres litigantes, que pugnas mueven, aunque
ella y yo nos amemos.

Llamadnos como os guste, que amor así nos hace;
llamadle mosca a ella; decid de mí lo mismo;
cirios somos también, consumidos muriendo,
y hallamos en nosotros la paloma y el águila.
El enigma del fénix tiene mayor ingenio
por nosotros, que somos, dos en uno, el enigma.
Pues a cosa neutral ambos sexos se adaptan,
idénticos morimos y resurgimos, siendo,
al fin, por este amor, como un misterio.

La muerte podrá darnos, si amor no nos da vida,
y si no sientan bien cadáveres y tumbas
para nuestra leyenda, la aceptarán los versos;
si para alguna crónica no somos pieza digna,
tendremos linda estancia en los sonetos;
una labrada urna sienta a las más preclaras
cenizas, cual las tumbas que miden medio acre;
y así, con tales himnos, han de aprobarnos todos
cuando por nuestro amor nos canonicen,

y nos digan: «Vosotros, a quien amor rendido
trocó en ermita el uno para el otro;
los que en amor tuvisteis la paz, que es rabia ahora;

los que el alma del mundo contraisteis
guardada en el cristal de vuestros ojos,
y así espejos se hacían y unos espías tales
que todo halló en vosotros su resumen:
países, villas, cortes; pedidnos en lo alto
copia de esos amores.»

CANCIÓN

Dulce amor, no te dejo
porque de ti me canse,
ni esperando del mundo
un amor más amable;
mas, puesto que algún día
he de morir, prefiero
morir así de burlas
con mis fingidas muertes.

El sol ayer partía,
mas hoy aquí ya vuelve;
no tiene ni deseo ni sentido,
ni es su camino la mitad de breve;
así, por mí no temas,
y cree que más raudas
han de ser mis jornadas, pues tomo
más espuelas y alas.

¡Oh, cuán escasa fuerza tiene el hombre
que, cuando su fortuna está caída,
no puede ni una hora
añadir, ni llamar a la perdida!
Mas si el dolor nos llega,
le damos nuestra fuerza,
y el arte y la paciencia le enseñamos
para que más nos venza.

Cuando suspiras no suspiras aire,
sino mi alma misma;
si lloras, a la par dulce y amarga,
ya declina la sangre de mi vida.
No es cierto que me quieras
así, como lo dices,
si mi vida disipas en la tuya:
eres tú lo mejor que hay en mí mismo.

Tu corazón, que todo lo adivina,
no me presagie duelos:
pudiera serte el Hado favorable
y confirmar tus miedos.
Mas piensa que tan sólo, para el sueño,
nos volvimos de lado;
quienes el uno al otro se dan vida
no pueden separarse.

AIRE Y ÁNGELES

Ya por dos o tres veces te he querido
antes de ver tu faz o de saber tu nombre:
así en alguna voz o en una informe llama
nos afectan los ángeles y atraen nuestro culto;
y al llegar a tu lado,
una nada vi sólo, hermosa y esplendente.
Mas, puesto que mi alma, que a amor tiene por hijo,
miembros de carne toma —si no, nada podría—,
más sutil que su padre
no sería el amor, y ha de tomar un cuerpo;
y así, lo que tú fueses o quién eras
a Amor le preguntaba; mas ahora
que se encarnó en tu cuerpo, lo distingo
y lo fijo en tus labios, tus ojos y tu frente.

Mientras así yo quise al amor dar un lastre
y lograr más firmeza en nuestra ruta,
con tales mercancías que admiran en extremo,
vi que en bajel de amor puse carga excesiva;
labrarte los cabellos uno a uno es tarea
que el amor sobrepasa: debe buscarse a otro
mejor, pues ni en la nada ni en las cosas extremas
que esparcen esplendor tiene el amor morada;
tal como lleva un ángel rostro y alas
de aire, no tan puras como él, pero puras,
tu amor podría ser para el mío su esfera;
la misma diferencia que separa
el aire y la pureza del ángel, entre amores
de mujeres y hombres habrá siempre.

EL ANIVERSARIO

Todos los reyes, todos sus validos,
toda gloria de honores, hermosuras e ingenios
y el propio Sol, que labra los tiempos pasajeros,
tienen un año más ahora que en el día
en que, por vez primera, nos miramos.
Va todo lo demás a su ruina
y sólo nuestro amor no desfallece;
sin ayer ni mañana,
corre, mas nunca huyendo de nosotros, y tiene
su día, que es primero, postrero y perdurable.

Dos tumbas guardarán sus restos y los míos:
si una sola pudiera, ya la muerte divorcio
no sería. ¡Ay! Nosotros, al modo de otros príncipes
(puesto que somos príncipes el uno para el otro),
dejaremos, al fin, muriendo, ojos y oídos
nutridos con promesas y con lágrimas dulces
y amargas; mas las almas que sólo amor habita

JOHN FLETCHER

1579(?)-1625

SUEÑO QUE AL DUELO ENCANTAS...

Sueño que al duelo encantas, alivio de las cuitas,
hermano de la Muerte, dispone dulcemente
para el dolido príncipe. Como una nube, cae
en unas leves lluvias. No des nada estridente
ni amargo a su reposo; fácil, ligero y como
arroyo que murmura, tú, hijo de la Noche,
pasa por sus sentidos turbados. A su pena
canta, brisa en susurros o lluvia plateada.
Entra ya en este príncipe con paso dulce, oh, dulce,
y bésale dormido, como una novia hiciera.

LA MELANCOLÍA

Huíd, vanas delicias,
breves como la noche,
donde vuestra locura se consume.
No hay dulzura en la vida,
si, con prudencia, el hombre la buscara,
salvo la que hay en ti, melancolía...
¡Oh tú, melancolía, la dulcísima!

Bien venidos los brazos cruzados, la mirada
fija, o la que penetra y mortifica;
los ojos que se clavan en el suelo
y la trabada lengua, que nada expresaría.

Manantiales del monte y bosques sin senderos:
la pálida pasión allí se gozaría.
Pasear a la luna, cuando todos los pájaros,
menos búho y murciélago, tienen mansión y abrigo.
Campana a medianoche y gemido de adioses:
con eso nos nutrimos.
Luego, tender los huesos en valle quieto, obscuro...
Nada más delicado que tú, melancolía.

LEAL HASTA LA MUERTE

Dejad sobre mi cuerpo una guirnalda
de obscurísimo tejo;
¡oh doncellas!, traed ramas de sauce:
decid que fui leal hasta la muerte.

Infiel me fue el amor, pero yo he sido
firme desde que al mundo me trajeron.
Sobre mi cuerpo sepultado pesa,
¡oh tierra!, dulcemente.

NO LLORES YA

No llores ya, no penes ni suspires,
que el tiempo deslizado las cuitas no devuelven;
la violeta arrancada, ni las más dulces lluvias
lograrán que de nuevo surja lozana y fresca.
Adereza tus bucles, ten gozoso el semblante,
que nadie ve la oculta frontera del Destino.
Las alegrías pasan como sueños alados:
¿por qué más duradera la tristeza sería?
La tristeza no es más que una herida, un gemido;
tú, la más dulce y linda: no llores ya, no llores.

JOHN WEBSTER

1580(?)-1630(?)

ENDECHA

Llamad al petirrojo, al reyezuelo,
pues vuelan sobre umbríos bosquecillos
y cubren con las hojas y las flores
los cuerpos de los muertos que amigos no tenían.
Invitad a este fúnebre lamento
a la hormiga, al ratón campesino y al topo,
que montículos hagan para abrigarlos (esos
que nadie turba cuando roban tumbas lujosas);
mas quede el lobo lejos, que es del hombre enemigo,
y otra vez, con sus garras, los desenterraría.

EL AMORTAJAMIENTO DE LA DUQUESA DE AMALFI

¡Oíd! Cuando ya ahora todo calla,
la úlula y el búho del silbido;
llamad en alta voz a nuestra dama
para que la mortaja, presurosa, se vista.

Mucho tuviste en tierras y dinero:
la talla de tu cuerpo ya te basta en el limo;
si dilatada guerra te turbaba,
aquí firmaste ya tu paz cumplida.

¿Por qué, en vano, los necios atesoran?
En falta concebidos, su nacer es un llanto;

común niebla de errores es su vida,
su muerte es dura tempestad de espanto.

Esparce en tu cabello dulces polvos,
viste límpidas telas, a los pies date un baño
y —para que el Maligno más se aleje—
una cruz te bendiga la garganta.
Entre noche y albor media ahora el camino:
que cesen tus lamentos y vente ya conmigo.

VANIDAD DE VANIDADES

Todas las flores de la primavera
vienen a perfumar nuestro sepulcro:
tienen sólo una vez su lozanía
y el florecer del hombre es sólo un tiempo.

Ved, desde que nacemos, nuestra ruta:
surgimos y crecemos y volvemos al polvo.
¡Adiós, cortes galanas y delicias,
todos los apetitos y embelesos!
Los más dulces alientos y los ojos más claros,
como perfumes pasan y fenecen;
y así, todo nos huye,
como sombras que al sol dan acompañamiento.
Es vana la ambición de los monarcas,
que quieren, con trofeos y con las cosas muertas,
dejar un nombre vivo y perdurable,
y tejen sólo redes para prender al viento.

JOHN MILTON

1608-1674

HIMNO A LA MAÑANA DE LA NATIVIDAD DE CRISTO

Fue en el invierno crudo
cuando el celeste Niño,
mal envuelto, yacía en el tosco pesebre;
y la Naturaleza, temerosa,
quitóse los pomposos atavíos
y así, como el gran Dueño, pudo mostrarse humilde.
No era estación de juegos
con el Sol, su ardoroso enamorado.

Pero, con bellas voces,
suplicó al aire suave
que la culpable frente le ocultase con nieve,
y que en la desnudez avergonzada,
mancillada de culpas,
echara el santo velo de la Virgen,
confusa al ver que los divinos ojos
de tan cerca sus lacras contemplaban.

Mas Él, para alejarle los temores,
le envió la Paz, la de mirada dulce;
coronado de verde olivo, deslizóse,
suave, descendiendo por la móvil esfera,
el diligente heraldo,
hendiendo con sus alas de tórtola las nubes
amorosas, y con su varita de mirto
la paz universal trajo al mar y a la tierra.

Ningún rumor de guerra o de batallas
escuchóse en el mundo;

colgáronse en lo alto escudo y lanza;
se quedó el curvo carro
sin mancilla de sangres enemigas;
ya no habló la trompeta a la asamblea armada;
sentábanse los reyes, con un mirar medroso,
como sabiendo cerca al Rey de los monarcas.

Pero muy apacible era la noche
en que empezaba el Príncipe
de luz el sosegado reino sobre la tierra:
asombrados, calláronse los vientos
y un beso leve dieron a las aguas,
susurrando los gozos nuevos al manso Océano,
que ya olvidó del todo sus locuras; y había
en hechizadas olas las aves de la Calma.

Con honda maravilla, las estrellas,
la mirada muy fija,
a un punto dirigían su preciosa influencia,
sin querer apartarse
aunque brillase el día
o Lucifer, que más de una vez las llamara:
brillaron en sus orbes esplendentes
hasta que el Señor mismo les ordenó alejarse.

Y aunque la obscura sombra
cedió el espacio al día,
ya no tenía el Sol su raudo paso,
y escondió, avergonzado, la cabeza,
porque su fuego humilde
el mundo no querría, gozando lumbre nueva;
vio aparecer a un Sol más potente: su trono
de luz y el eje ardiente ya pálidos serían.

Los pastores del monte,
antes del alba clara,
en rústica asamblea, sencillos, departían;
poco entonces pensaron

hacia los escondrijos de la Luna.
Mortales que queréis seguir mis pasos,
amad a la virtud, que sólo ella es libre.
Os podría enseñar cómo cerneros
allende la armonía de los astros,
o, si se muestra débil algún día,
bajaría hasta ella el mismo Cielo.

SOBRE SU CEGUERA

Cuando mi luz perdida considero, mis días
apenas al mediar, en mundo obscuro y vasto,
y el don que, si se oculta, nos produce la muerte,
inútil veo en mí, aunque con él mi alma
más quisiera servir al Criador, rindiendo
la cuenta fiel, por miedo de que, al volver, me riña,
«¿Tarea exige Dios cuando la luz nos niega?»,
anhelante pregunto; mas la paciencia ataja
tal murmurar, diciendo: «Ni las obras del hombre
ni su don necesita el Señor; quienes llevan
mejor su dulce yugo, mejor le sirven; alto
Monarca es Él. Millares se lanzan, si lo ordena,
y avanzan sin reposo por la Tierra y los mares:
pero también le sirve quien, inmóvil, espera.»

SATANÁS

Del «Paraíso perdido», libro I

... Su orgullo
hizo que lo arrojaran del Cielo, con su hueste
de ángeles rebeldes, con cuya ayuda quiso
más que sus pares encumbrarse en gloria,

y confió en que el Altísimo tal vez igualaría,
si, oponiéndose y con ambiciosos afanes,
contra Dios y su trono y monarquía
reñía impía guerra en el Cielo, orgullosa
batalla, aunque baldía. El Todopoderoso
lo lanzó, llameando, desde la etérea cima,
con fea ruina y combustión, abajo,
hacia la perdición sin fondo, donde mora
entre duras cadenas y fuego de castigo
quien con armas retó al Omnipotente.
Nueve veces el lapso que la noche y el día
mide al hombre mortal, con su hórrida tropa
fue abatido, rodando en el ardiente golfo,
confuso, aunque inmortal. Pero su sino
le reservaba aún más ira; pues ahora,
al ver el bien perdido y el dolor perdurable,
se atormenta: los tristes ojos dirige en torno
y contempla aflicciones enormes y desmayo,
mezclándose al orgullo obstinado y al odio.
Ya, con ese mirar certero de los ángeles,
domina el lugar fúnebre, desolado y bravío.
Un calabozo horrible, redondo en todas partes,
ardía como un horno; empero de aquel fuego
ninguna luz surgía; en tinieblas visibles
sólo se descubrían visiones de amargura,
regiones de tristeza, dolientes sombras, donde
no vivirán la paz ni el sosiego, y no acude
la esperanza, que a todos llega, sino tortura
sin fin, que es acicate, y un diluvio de fuego,
nutrido en un azufre ardiente, inagotable.
Tal sitio la Justicia Eterna ha deparado
a los rebeldes; su prisión dispuso
en máxima tiniebla, y asignóles su parte,
tan lejanos de Dios y de la luz del Cielo
cual tres veces del centro el apartado Polo.
¡Qué distinto el lugar de donde descendieron!
A aquellos que con él cayeron, abrumados
entre los torbellinos de borrascoso fuego,

no tarda en descubrir; y hundiéndose a su lado,
a su lugarteniente por el poder y el crimen,
aquel que Palestina conoció con el tiempo,
llamado Belcebú. Le habla el Enemigo
máximo, que en el Cielo llaman Satán, con voces
osadas despertando el hórrido silencio:
«Si eres —¡ay, cuán caído, cuán cambiado te veo!—
aquel que, en venturosos reinos de luz, vestido
de fulgor trascendente, aventajabas
a brillantes miríadas; el que, en estrecha liga
unidos pensamientos y consejos, e idéntica
esperanza y azar en la empresa gloriosa,
un día se unió a mí, ahora en igual ruina
nos une la miseria. ¡En qué abismo te hundes!
¡De qué altura caído! Él se mostró más fuerte
con su trueno: hasta entonces, ¿quién supo el poderío
de esas terribles armas? Empero, no por ellas,
ni por lo que el potente Triunfador en su rabia
pueda infligir, contrito me sentiré, ni cambio,
aunque mude mi externo fulgor, la mente fija,
el desdén alto, viendo el mérito ultrajado:
lo que me alzó en la lucha contra el Omnipotente
y a las fieras batallas atrajo, desde lejos,
las innúmeras fuerzas de espíritus armados,
que osaron despreciar su reino y, prefiriéndome,
su máximo poder al adverso oponían,
en dudosa batalla, por los llanos del Cielo,
con temblor de su trono. ¿Qué, si el campo perdimos?
No todo se perdió: nos queda la indomable
voluntad, y el estudio del desquite, y el odio
inmortal, y el coraje de no ceder, sumisos:
y es como no sabernos sojuzgados.

. . . . . .

Tal decía Satán a su segundo,
alzada la cabeza sobre el mar, con los ojos
de ardor centelleante; y el resto de su cuerpo,

inclinado en las aguas, largo y vasto extendíase,
flotando en muchos cuartos de acre, tan enorme
como los que evocara, monstruosos, la fábula:
Titán, o el de la Tierra, que guerreó con Júpiter,
Briareo o Tifón, que guardó la caverna
junto al antiguo Tarso, o la bestia marina,
Leviatán, entre cuantas creó Dios, que cruzasen
las aguas del Océano, siempre la más enorme.
Acaso, adormecido en noruegas espumas,
un piloto, perdido con el bajel, de noche,
tomándolo por isla —dicen los marineros—
con el áncora hincada en su piel escamosa,
se queda junto al monstruo, a sotavento, mientras
es negro el mar y tarda el deseado día.
Así, en largor enorme, yacía el Enemigo
en el ardiente lago, encadenado; y nunca
pudo ya alzar el cuerpo ni la cabeza, en tanto
la voluntad y venia del Cielo poderoso,
libre para sus fines sombríos no le dejan...

Yergue en seguida sobre la laguna
su talla monstruosa; las llamas, a sus lados
rechazadas, inclinan las puntiagudas torres,
forman olas, y en medio queda un horrible valle.
Luego, abriendo las alas, su vuelo ya dirige
a lo alto, llevado por el aire sombrío,
que un peso inusitado percibe; hasta que en tierra
firme se posa; empero es la tierra que arde
siempre con fuego sólido, si es líquido el del lago;
y tiene tal color como cuando la fuerza
del viento subterráneo transporta una colina,
del Péloro arrancada, o del maltrecho flanco
del Etna atronador, cuyas nutridas,
combustibles entrañas, que así conciben fuego,
sublimadas con furia mineral, dan ayuda
al viento y el quemado fondo dejan envuelto
en hedores y humo.

Apenas hubo hablado, el más alto Demonio
se acercó ya a la orilla. Su ponderoso escudo,
de etéreo temple, recio, redondo y abultado,
tras sí llevaba. El amplio disco sobre sus hombros
pendía cual la luna, cuyo orbe
con óptico cristal mira el toscano artista,
cuando atardece, desde lo más alto de Fiesole
o en Valdarno, buscando nuevas tierras
o ríos y montañas en el manchado globo.
Su lanza —comparado con ella, el más erguido
pino, cortado en cerros noruegos para mástil
de un bajel almirante, fuera varita leve—
empuñaba, ayudando sus pasos inseguros
en la abrasada greda, distintos de los pasos
por el celeste azul; y ese tórrido clima
le afligía también, con bóveda de fuego.
Mas él lo soportaba, hasta que en la bahía
de aquel mar inflamado se irguió, y a sus legiones
fue llamando... «¡Oh Príncipes, Potestades, guerreros,
flor del Cielo, que un día fue vuestro, y ya perdido!
¿Cómo tal estupor ha logrado adueñarse
de Espíritus eternos? ¿O elegís este sitio
para que así descanse, tras la dura batalla,
vuestro vigor rendido, y halláis el mismo goce
al dormitar aquí que en los valles del Cielo?
¿Acaso habéis jurado adorar en abyecta
postura al Vencedor, que contempla a querubes
y serafines dando tumbos sobre los mares,
con dispersadas armas y enseñas, y ya, a poco,
raudos perseguidores, desde el umbral del Cielo,
han de ver la ventaja y bajarán a hollarnos,
abatidos así, o con trenzados rayos
vendrán a traspasarnos hasta el fondo del golfo?
¡Despertad, levantaos, o caed para siempre!»
Le oyeron con vergüenza y remontaron
el vuelo, como aquellos que han de estar al acecho,
al verse sorprendidos, durmiendo, por quien temen,

se agitan y levantan, no despiertos del todo.
Mas ellos no dejaban de advertir su terrible
azar, ni de sentir sus fieros males;
y a la voz de su Jefe obedecieron pronto,
innúmeros. Tal como cuando su poderosa
vara el hijo de Amram, en mal día de Egipto,
agitó por la costa y llamó a negra nube
de langostas, tendidas en el viento del Este,
que, colgando en el reino del Faraón impío,
tal la Noche, dejaron en sombras esas tierras
del Nilo, tan innúmeros eran los malos ángeles
allí, bajo la cúpula del Infierno volando.

Esos y más vinieron, a bandadas; mas era
abatido su ceño; empero en él surgía
una obscura alegría al hallar a su Jefe
no desesperanzado y viendo que en la extrema
perdición no vagaban; aquello dio a su rostro
como un leve color. Mas él, ya recordando
su acostumbrado orgullo, con alto decir, sólo
valioso en apariencia, no en substancia, su lánguido
coraje animó un poco y disipó su miedo;
luego, ordenó que, a los guerreros sones
de sonoras trompetas y clarines, se alzara
su potente estandarte. Y reclamó tal honra
cual derecho Azazel, alto querube:
pronto, del asta llena de fulgor desplegaba
esa imperial enseña y, avanzada en lo alto,
brillaron, derramado meteoro en el viento,
con gemas y dorado esplendor adornados,
las armas y trofeos seráficos; en tanto,
los metales sonoros daban marciales músicas:
y, al oírlas, la hueste universal dió un grito
que desgarró el abismo del Infierno, asustando
a los reinos del Caos y de la vieja Noche.